

Clausura Campus FAES 2021

Hablamos de Europa. La UE, un actor estratégico en pospandemia

Madrid, 24.09.21

Les agradezco su presencia en este acto de clausura de nuestro Campus que celebramos de manera presencial con las limitaciones y precauciones propias de la situación. Agradezco también de manera especial a Abertis por su hospitalidad al cedernos esta magnífica sala de su sede para concluir estos días de debate y reflexión que creo que han sido muy productivos.

Me da la impresión y supongo que alguien tendrá algún interés en conocer mi opinión sobre la detención del expresidente de la Generalidad y prófugo de la justicia en España que ha sido detenido en Italia. Simplemente quiero decir que espero y deseo que, en cumplimiento de la euroorden, las autoridades italianas entreguen al prófugo a la Justicia española para que sea juzgado por los tribunales competentes como corresponde a nuestro estado de derecho.

A lo largo de esta semana, la Fundación FAES ha celebrado su Campus como parte de las jornadas *Hablamos de Europa*. Es nuestra contribución al debate sobre la Conferencia del futuro de Europa. Todos ustedes han tenido la oportunidad de seguirlo *online*, y quien no lo haya hecho tiene fácil acceso a las sesiones en nuestra web. En todo caso, espero que el año que viene podamos recuperar plenamente la presencialidad en nuestros debates, y en el conjunto de las actividades de la Fundación.

Se han tocado todos los temas importantes: las prioridades de la Unión Europea en la pospandemia, la relación transatlántica, el concepto de la autonomía estratégica europea, la relación entre la Unión Europea y América Latina, la vecindad Oriental europea y los Balcanes, y como no, los temas de recuperación económica y fondos europeos.

Todos estos debates, que van dedicados a pensar sobre el futuro de Europa, tienen el objetivo de demostrar precisamente que el futuro es Europa. Ahora, permítanme añadir, que sólo falta que Europa misma se lo crea.

Este futuro depende de varios factores y yo voy a mencionar algunos:

Hay que comenzar por el contexto en el que nos encontramos. Nos gusta hablar de “pospandemia”, pero lo cierto es que todavía estamos aprendiendo convivir con ella. Estamos mucho mejor que el año pasado en esta época; el levantamiento de las restricciones nos permite hablar de “pospandemia”, y, como se ha recordado aquí, por delante tenemos una tarea que cumplir a corto plazo: restablecer reglas económicas, reequilibrar cuentas públicas, reorganizar mercados y recuperar en plenitud el funcionamiento de las instituciones democráticas. Debemos consolidar la recuperación económica, sin perder la cara a la pandemia que nos puede sorprender –aunque realmente la sorpresa ya no quepa– con nuevas variantes.

La recuperación económica muestra señales esperanzadoras, pero todavía frágiles, como pudimos comprobar ayer con un crecimiento del PIB en el segundo trimestre claramente decepcionante. En todo caso si podemos hablar de recuperación de una crisis, que nada ha tenido que ver con la crisis de deuda, es en gran medida gracias a la intervención de los bancos centrales, principalmente la FED y el BCE, que han inyectado cantidades ingentes de liquidez. La política monetaria ha ayudado a evitar males mayores en esta pandemia.

De los 129.000 millones de euros de deuda pública emitida por España desde el comienzo de la pandemia, casi todos han sido comprados por el BCE. La supervivencia y el sostenimiento de nuestra economía dejan su testimonio en el balance del BCE. El *whatever it takes* ha tenido segunda ronda, y de nuevo un papel decisivo para evitar el colapso económico y social al que nos exponíamos.

Pero parece que ahora las cosas van a ir cambiando. La retirada de los estímulos del BCE está cada vez más cerca, y habrá que graduar con prudencia y con responsabilidad la salida de nuestras economías del actual contexto de estímulo masivo. Me parece evidente que quienes abogan por la comodidad de una prolongación indefinida de estos estímulos viven fuera de la realidad y pretenden hacer pasar la consolidación de instrumentos contracíclicos a nivel europeo por la pretensión de instalar a nuestras economías en el recurso indefinido a la deuda que eluda la necesidad de las reformas modernizadoras que España requiere. El contexto global ha sido favorable durante mucho tiempo, y no va a cambiar de un día para otro, pero sería bueno que fuéramos escuchando aquí y en Bruselas algún mensaje más de prudencia en este sentido.

Tenemos niveles de déficit y de deuda que en otras circunstancias resultarían ya insostenibles y que en todo caso nos hacen extremadamente vulnerables. Antes de la pandemia no fuimos capaces de aprovechar la recuperación de un crecimiento robusto para poner en orden nuestras cuentas públicas.

Querido amigos:

Los cimientos del futuro de Europa serán resultado de las tres transiciones en las que se encuentra actualmente la Unión Europea: la transición tecnológica, la climática y la geopolítica. Las tres han comenzado antes de la pandemia, pero se han acelerado durante ella, y no solo por ella. Aunque sabemos cuál es el propósito político y económico de estas transiciones, no sabemos cuál va a ser su resultado final. La transición tecnológica refleja la rivalidad geopolítica entre Estados Unidos y China, y pone de relieve que la interdependencia que nos ha regalado la globalización se ha convertido en la vulnerabilidad que pueden aprovechar los adversarios como Rusia, Irán, Venezuela y por supuesto la misma China. También está claro, que la Unión Europea puede quedarse con el papel de observador de esta batalla que no solo marcará el futuro de Europa, sino el futuro del orden liberal internacional en el siglo XXI.

Y es allí, donde nosotros, los que creemos en los sistemas políticos democráticos y representativos y sus valores, los que sostenemos la necesidad de impulsar el libre comercio tenemos que ser conscientes de dos cosas: 1) que el orden liberal internacional esta mutando, y, 2) que está atacado y socavado por los enemigos internos y externos.

Estamos viviendo probablemente la crisis más grave en el orden mundial después de la Segunda Guerra Mundial. La pandemia aceleró la tendencia de poner en cuestión lo que ya estaba puesto en cuestión, que era el orden nacido en la Segunda Guerra Mundial.

La retirada o, mejor dicho, la rendición de los EE. UU. en Afganistán ha confirmado de nuevo y de una manera muy dramática los cambios en la gobernanza global.

La pandemia demostró que las instituciones multilaterales no han sido capaces de articular una respuesta global a un problema de carácter global, así como la ausencia de un liderazgo internacional capaz de concitar los mayores esfuerzos objetivos e instrumentos en favor del combate a la pandemia. La ausencia de liderazgo por aquellos que lo podían ejercer, especialmente por EE. UU., ha sido una ausencia realmente clamorosa. Esta es una buena razón para valorar la actuación de las instituciones comunes de la Unión en el apoyo a la investigación sobre vacunas, el aseguramiento de que todos los estados miembros tendrían acceso al volumen necesario de vacunas sin necesidad de competir individualmente por ello y la constitución del Fondo *Next Generation*.

La pandemia ha creado una serie de problemas sanitarios, políticos, económicos, sociales, también diferentes oportunidades, pero una de las mayores consecuencias, sin duda, es que ha acentuado el cuestionamiento del orden liberal internacional.

La rendición y retirada de los Estados Unidos de Afganistán ha sido otro golpe, muy duro al orden liberal internacional. Porque Estados Unidos no se ha retirado de Afganistán, sino que parece haberse levantado de la mesa donde se sustanciaban sus responsabilidades globales. La pandemia ha demostrado la falta de coordinación multilateral, eso es, la ausencia de una gobernanza global, pero a diferencia de una crisis sanitaria que estamos superando, la rendición ante los talibanes ha sido un error que vamos a pagar muy caro y durante mucho tiempo. Las pandemias, en la historia del mundo, en líneas generales nunca han producido grandes cambios estratégicos. Los cambios estratégicos los producen las luchas, las confrontaciones y las guerras entre las potencias y los grandes poderes. La retirada de Estados Unidos es uno de los hechos que va a producir grandes cambios estratégicos.

Y allí, como siempre, en Europa hablamos de la autonomía estratégica, de la posibilidad de un ejército europeo. No es nada nuevo que en Europa hablamos, movidos por un catalizador externo, como han sido las guerras de la antigua Yugoslavia en los años 90, las guerras de Georgia y Ucrania, la de Siria o Libia, la retirada de Afganistán, o la alianza militar AUKUS entre Estados Unidos, Australia y Reino Unido. Es un debate repetitivo, del que sabemos la respuesta: La autonomía estratégica puede ser un plan a largo plazo, pero hoy por hoy, la Unión Europea no es un actor estratégico no porque no tiene recursos o instrumentos para serlo, si no, porque no tiene voluntad política, porque carece de liderazgo, porque no hay una visión común sobre una estrategia en seguridad y defensa más allá de una estrategia de industria militar europea.

La retirada estadounidense refleja la política exterior de los tres últimos presidentes - Barak Obama, Donald Trump y ahora Joe Biden-, pero también es un síntoma de la evolución del orden liberal internacional y la debilidad de la relación transatlántica. La relación transatlántica ha ido devaluándose desde la presidencia de Obama. Siempre he considerado que los norteamericanos y europeos somos aliados naturales no solo porque compartimos enemigos comunes, sino y sobre todo porque compartimos valores y sistemas políticos de la democracia liberal. La autonomía estratégica europea solo tendrá sentido si puede contribuir al fortalecimiento de la relación transatlántica. Creo que una fuerte y sólida relación transatlántica es la clave para asimilar la mutación del orden liberal internacional.

Invito a quien no lo haya hecho a leer o releer los estudios que esta fundación ha venido realizando sobre el futuro de la Alianza Atlántica y la necesidad de dar contenido a

una nueva relación comercial entre los dos lados de Atlántico con la incorporación de África y América Latina, que lo definíamos como una gran área de prosperidad. Hace más de doce años, al hilo del 60 aniversario de la Alianza Atlántica decíamos, y cito textualmente, que “lo peor de la actual crisis de la OTAN no reside en su disparidad de capacidades militares. Lo que pone en peligro la cohesión de la Alianza, y está determinando si tiene o no futuro, es la pérdida de una razón de ser compartida igualmente por todos sus miembros”. Hablamos entonces de invitar a Japón y a Australia a integrarse en la Alianza y, en esta línea, planteábamos una relación similar con Israel, veíamos entonces conveniente una asociación estratégica con Colombia y la India.

Pues bien, la alianza AUKUS y la crisis sobrevenida con Francia, debería ser algo más que una llamada de atención. No para reiterar la habitual retórica del ejército europeo, sino para hacer que la Unión se decida a pensar en grande, también en lo que afecta a su seguridad y su defensa. Europa avanza cuando piensa en grande y cuenta con liderazgos que puedan y quieran ver más allá. En un mundo en el que todos los días se afirman potencias poco amistosas y nada apegadas a los valores de libertad que nos unen, Europa puede ser ese actor estratégico global que necesita esencialmente de una voluntad compartida de serlo.

Nuestros sistemas políticos y nuestros valores, que son la base principal del orden internacional liberal, están cada vez más comprometidos.

Antes y después de la pandemia hemos presenciado una grave controversia en aquellos que quieren presentar los regímenes autoritarios, los regímenes populistas, incluso las dictaduras totalitarias, como una solución a lo que significan las democracias liberales o los países libres. Los países totalitarios nunca van a ser ejemplo para la resolución de los problemas. Las democracias liberales tienen que estar muy atentas.

Los que atacan el orden liberal internacional y nuestras democracias, demuestran lo que debe ser nuestra tarea principal: restaurar el multilateralismo, sostener la relación transatlántica, reconstruir el espacio público, el espacio de comunicación y de la opinión pública, cuidar de las instituciones democráticas, de separación de los poderes.

Europa es futuro, pero para que el futuro sea el que nosotros elegimos, el que queremos, tenemos que hacer una reflexión estratégica sobre el contexto en el que está mutando el orden liberal internacional, entender las amenazas - aparte del populismo o los autoritarismos, el nuevo comunismo o el indigenismo en Iberoamérica, el islamismo radical, que volverá a golpear si tiene oportunidad- y afrontarlo con coraje, liderazgo y sobre todo con claridad moral que es la clave de toda voluntad y acción política.